

TÍTULOS RECIENTES EN LA COLECCIÓN

Geometrías del deseo

René Girard

La sabiduría de las putas

Elizabeth Pisani

Conversaciones con Sartre

John Gerassi

El XIX en el XXI

Christopher Domínguez Michael

La moda negra. Duelo, melancolía y depresión

Darian Leader

La melodía del joven divino

Carlo Michelstaedter

Prometeo

Karl Kerényi

Python

Joseph Fontenrose

Misterios de los Cabiros

Karl Kerényi

Papeles falsos

Valeria Luiselli

Un terrible amor por la guerra

James Hillman

George Makari consiguió adentrarse como nadie lo había hecho antes en el alma de la teoría de la psique humana más influyente de los últimos tiempos: el psicoanálisis. El protagonista es el padre fundador, Sigmund Freud, quien recorre un camino digno de personaje trágico. Su trayecto abarca desde los tiempos como joven estudiante del fenómeno de la histeria en el París de finales del XIX hasta encumbrarse como máxima figura de la teoría del actuar humano más controvertida de la historia.

Por *Revolución en mente* desfilan Josef Breuer, Eugen Bleuler, Carl G. Jung, Lou-Andreas Salomé, Georg Groddeck, Ernest Jones Sabina Spielrein, Melanie Klein, Anna Freud y muchas más personalidades, que desempeñan por turnos papeles cruciales para la evolución y diversificación de los senderos del psicoanálisis. Makari revela que esta disciplina, lejos de ser una ciencia unificada y demostrable —como Freud procuró durante toda su vida—, es una filosofía ecléctica y brillante, que cambiaría de manera definitiva la narrativa sobre las pulsiones que dominan al hombre.

«George Makari ha escrito nada menos que una historia de la mente moderna. Apoyado en una investigación impresionante y una capacidad de síntesis sin parangón, conduce al lector por un viaje europeo que comienza a finales del XIX y culmina con el cataclismo de la Segunda Guerra Mundial; pero *Revolución en mente* también es una tragedia. Es la conmovedora historia de lo que perdimos cuando el viejo mundo se incendió.»

PAUL AUSTER

«*Revolución en mente* es la historia del psicoanálisis más informada que se haya escrito. Makari elabora el contexto de Freud de manera más exhaustiva que cualquier esfuerzo previo. Admiro particularmente la salud y el balance de esta obra, pues demuestra que el valor de Freud va más allá de su pretensión científica.»

HAROLD BLOOM



www.elboomeran.com

George MAKARI | Revolución en mente

Revolución en mente

La creación del psicoanálisis

George Makari

GEORGE MAKARI (1956) es historiador, psiquiatra y psicoanalista. Estudió en la Universidad de Brown y en el Weill Medical College de la Universidad de Cornell, donde posteriormente ha sido profesor asociado, director del Institute for the History of Psychiatry y de la biblioteca Oskar Diethelm. También ha impartido clases de psiquiatría en la Universidad Rockefeller y es uno de los invitados centrales de numerosos congresos y seminarios de psiquiatría y psicoanálisis. Es especialmente conocido por sus estudios acerca de la teoría de la transferencia, la teoría de la seducción y la historia de las comunidades psicoanalíticas. Sus trabajos han sido ampliamente reseñados y valorados, en especial, *Revolución en mente*, considerada su obra más importante hasta el momento.

Revolución en mente
La creación del psicoanálisis

**Revolución en mente
La creación del psicoanálisis**

GEORGE MAKARI

TRADUCCIÓN DE DANIELA MORÁBITO ROJAS



sextopiso

Todos los derechos reservados.
Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida,
transmitida o almacenada de manera alguna sin el permiso previo del editor.

Título original
Revolution in Mind. The Creation of Psychoanalysis

Copyright © George Makari, 2008

Primera edición: 2012

Traducción

DANIELA MORÁBITO ROJAS

Copyright © EDITORIAL SEXTO PISO, S.A. DE C.V., 2012

París #35-A

Colonia Del Carmen,

Coyoacán, C.P. 04100, México, D.F.

t. 5689 6381; f. 5336 4972

SEXTO PISO ESPAÑA, S. L.

Camp d'en Vidal 16, local izda

Barcelona, 08021, España

t. 93 414 7047

www.sextopiso.com

Diseño

ESTUDIO JOAQUÍN GALLEGO

Corrección

ENZIA VERDUCHI

Formación

QUINTA DEL AGUA EDICIONES

ISBN: 978-84-96867-83-3

Depósito legal: M-19274-2012

Impreso en España

Para Arabella, Gabrielle y Jack

ÍNDICE

Prólogo	11
---------	----

PRIMERA PARTE

CONSTRUIR LA TEORÍA FREUDIANA	19
UNO. Una mente para la ciencia	21
DOS. Ciudad de espejos, ciudad de sueños	77
TRES. El infeliz matrimonio entre Psique y Eros	119

SEGUNDA PARTE

CONSTRUIR A LOS FREUDIANOS	171
CUATRO. Viena	173
CINCO. Zurich	239
SEIS. Freudianos internacionales	283
SIETE. Integración / Desintegración	315

TERCERA PARTE

HACER PSICOANÁLISIS	385
OCHO. Todo puede perecer	387
NUEVE. En busca de un nuevo centro	419
DIEZ. Un nuevo psicoanálisis	477
ONCE. La psicopolítica de la libertad	527

Epílogo	607
---------	-----

Agradecimientos	631
Permisos	633
Créditos de las ilustraciones	635
Abreviaciones de fuentes frecuentemente citadas	639
Notas	643
Índice analítico	777

PRÓLOGO

Cuando el médico de veintinueve años bajó del tren en el otoño de 1885, era un fracasado. Ambicioso pero pobre, había probado algunas ciencias pero aún no tenía nada que asegurara su futuro. Al adentrarse en las calles de París, dejó atrás una creciente tormenta de controversia con respecto a sus afirmaciones acerca de una nueva y maravillosa droga llamada cocaína. Presionado por la esperanza de casarse con su prometida, el doctor aceptaba lo que ahora parecía inevitable: no se convertiría en un científico universitario y tendría que abrir su consulta médica para ganarse la vida. Quizá se vería obligado a emigrar a Inglaterra o Australia o Estados Unidos. Pero primero, intentaría ganarse la vida en su querida Viena. Ante este destino inevitable, en un último intento de alta aspiración científica, había solicitado y recibido una beca para estudiar en París. Lo que descubriría en aquella ciudad lo impulsaría a un largo y sinuoso viaje que condujo a una de las más grandes revoluciones intelectuales del siglo xx.

O quizá no.

Hoy, la identidad y el legado de este joven se disputan acaloradamente. Sigmund Freud fue un genio. Sigmund Freud fue un fraude. Sigmund Freud era en realidad un hombre de letras, o quizás un filósofo, o un criptobiólogo. Sigmund Freud descubrió el psicoanálisis ahondando en lo profundo de sus propios sueños y penetrando los misterios de sus pacientes. Sigmund Freud robó la mayoría de sus buenas ideas e inventó el resto con su extraña imaginación. Freud fue el creador de una nueva ciencia de la mente que dominó el mundo occidental durante la mayor parte del siglo xx. Freud era un charlatán poco científico que creó un delirio masivo. ¿Quién fue Freud?

¿Quiénes son los freudianos, los psicoanalistas freudianos y los psicoanalistas? ¿Y quiénes somos nosotros, los que estamos en Occidente y quienes hemos visto cómo los términos y conceptos del psicoanálisis permean nuestro lenguaje cotidiano, cambiando hasta los niveles más íntimos los modos de pensar sobre nosotros mismos, rodeándonos de lo que el poeta W. H. Auden llamó «un entero clima de opinión»?¹

Durante muchos años, parecía que estas preguntas tenían respuesta. La historia del psicoanálisis había sido transmitida por los compatriotas de Freud. Retrataban al padre de su disciplina como un hombre de asombrosa originalidad, enorme virtud y casi inexplicable genialidad. Freud descubrió verdades eternas sobre la mente, se decía, y estas verdades fueron preservadas por sus seguidores. Éste es el Freud que se convirtió en moneda esencial de la vida intelectual en los Estados Unidos de la posguerra y en otras partes del mundo occidental. Pero en los últimos treinta años, esta versión ha sido cada vez más cuestionada. Nuevos documentos, nuevas fuentes y nuevas historias han vuelto más improbable el viejo retrato de adoración. Al ponerse en duda la genialidad y el virtuosismo de Freud, los psicoanalistas contemporáneos lucharon contra numerosas fuerzas que parecían minar su labor: desde fármacos mejorados y el surgimiento de las neurociencias cognitivas hasta las exigencias de las compañías de seguros. Pronto, una nueva moneda comenzó a circular. Rezaba: «Freud ha muerto». Mientras se desenvuelve el siglo XXI, pareciera que debemos escoger: Freud como un genio eterno o Freud como reliquia y fraude.

Este libro ofrece una opción distinta y otro tipo de historia. En todo el reciente alboroto creado alrededor de Freud, con frecuencia ha pasado inadvertido que estas versiones antitéticas son en realidad caras de la misma moneda. Tanto los más devotos admiradores como los más feroces detractores de Sigmund Freud asumen que las respuestas a las preguntas críticas planteadas por el psicoanálisis pueden hallarse en la biografía del joven que bajó de aquel tren en París en 1885. En

consecuencia, mientras cientos de estudios y biografías de Freud se han escrito a favor y en contra, no se ha producido un recuento más amplio del surgimiento del psicoanálisis en su lugar de nacimiento: Europa occidental y central.² Como resultado, un gran número de ideas, experiencias, juicios y debates ha desaparecido. Hemos perdido mucho sobre la lógica e ilógica de lo que fue una tarea muy humana; pero, más que eso, hemos perdido un mundo, uno no muy lejano pero vuelto más remoto por los exterminios europeos del siglo xx. Fue un mundo que hizo a Freud, a los freudianos y a los psicoanalistas, y fue un mundo en parte hecho por ellos.

El psicoanálisis surgió entre 1870 y 1945 en comunidades europeas que a la larga fueron diezmadas y dispersas. Aunque el psicoanálisis sobrevivió en tierras extranjeras, fue separado de su propio pasado. Residuos de una gran discusión sobre la naturaleza de la mente y sus conflictos continuaron en estas nuevas tierras sin los contextos que alguna vez dieron a estos debates una definición más amplia. Con la rica tapicería de Mittel Europa triturada y Alemania en ruinas, se volvió más sencillo imaginar que una figura inmortal era la responsable de este extraño y nuevo modo de entendimiento, ya fuera una ciencia o un engaño masivo.

En 1993, la revista *Time* capturó este extraño estado de cosas cuando publicó en portada el morbos encabezado de su artículo central: «¿Ha muerto Freud?». Para no quedarse atrás, trece años después, la portada de la revista *Newsweek* declaraba: «Freud no ha muerto».³ Después de haber dejado la tierra un día de otoño de 1939, pareciera que un fantasma Freud aún caminaba fuera del tiempo. Y aun así, Sigmund Freud fue un hombre situado *en* el tiempo. Como han demostrado un gran número de historiadores, muchos aspectos del pensamiento de Freud se inspiraron en ideas postuladas por otros en medicina, política, teología, literatura, filosofía y ciencia, desde los antiguos hasta sus contemporáneos. Esta labor de revisión ha sido tan rica, tan abundante y, por momentos, tan promiscua en sus conclusiones que ha resultado sumamente

difícil sintetizarla. Cuando damos un paso atrás y asimilamos todas estas atribuciones, pareciera que unas cancelaran a las otras. Si Sigmund Freud realmente derivó el psicoanálisis de Aristóteles, Sófocles y la Biblia, así como de Shakespeare, Wordsworth, Goethe y Nietzsche, sin mencionar a Johann Herbart, Ernst Brücke y Pierre Janet (por nombrar sólo algunos), parece justo concluir que esta extraña amalgama fue sólo suya.

Pero éste no es el caso. El psicoanálisis emergió en un momento en que los europeos estaban cambiando dramáticamente el modo en el que se veían a sí mismos. Surgió de una masa de teorías en competencia que habían sido reveladas por cambios sísmicos en la filosofía, la ciencia y la medicina. Este libro es un intento de recoger esos grandes cambios y localizar los orígenes específicos del psicoanálisis como un cuerpo de ideas y un movimiento. Se requiere de un gran lienzo para localizar las influencias particulares que definieron el psicoanálisis, ya que Sigmund Freud no derivó los principios centrales de la disciplina de un solo pensador o ámbito. Más bien, favoreció nuevas ideas y evidencias de un número de campos para crear una nueva disciplina. La meta era conquistar para la ciencia el objeto tradicional de la cultura humanista: la vida interna de los seres humanos.

Liberados de las doctrinas religiosas del alma, muchos europeos de finales del siglo XIX se esforzaban en reconciliar su propia experiencia interna con las demandas del positivismo científico, el universo mecanicista de Isaac Newton y la biología evolutiva de Charles Darwin. Intentaban darle sentido a lo que significaba, en medio de todo eso, tener un mundo interior, una vida mental, ser consciente y psicológicamente humanos. Freud fue uno de tantos intelectuales de finales del siglo XIX y principios del XX que respondió a esta confusión intentando crear una ciencia de la vida interna. Las reglas de esta ciencia nueva e híbrida no provendrían solamente de la biología evolutiva o de la física newtoniana, ya que había algo peculiar y distintivamente problemático en esta empresa.

¿Cómo se puede crear una ciencia objetiva desde la subjetividad? Durante siglos, la ciencia de Occidente dio grandes pasos al insistir en que el conocimiento fiable sólo era posible si el objeto de estudio era observable o cuantificable. Pero ¿qué ocurre con la vida mental, un reino que no parecía ser ni lo uno ni lo otro? Un campo tan desconcertante pudo haber sido simplemente descartado como irreal, de no ser porque todo el mundo sabía ya que la vida psíquica existía, al menos por constatarlo en su propia consciencia. Ésta fue una interrogante crítica a la que los futuros científicos de la mente se enfrentaron. Sigmund Freud fue uno de tantos pensadores que trataron de resolver este acertijo, y sus soluciones finalmente le acarrearón seguidores y un gran futuro.

A lo largo de este libro, Freud ocupará un importante papel, como debe ser. Pero ésta es menos la historia de un hombre que la historia de una serie de acaloradas disputas intelectuales. En el curso de estas luchas, hubo individuos que se unieron, formaron alianzas y se confrontaron. Al final, estas batallas campales definieron una forma de pensamiento que se vinculó con el nombre de Freud. Junto al médico de Viena, conoceremos a hombres y mujeres creativos que contribuyeron de manera significativa a esta nueva forma de pensar la mente. Algunos fueron escépticos y negativos; otros fueron innovadores y más tarde marginados, difamados o simplemente olvidados. Con el tiempo, Freud se convirtió en el nombre de toda una comunidad de buscadores. En consecuencia, ha sido difícil discernir las consideraciones esenciales que contribuyeron a la creación del psicoanálisis. Con frecuencia, parece ser solamente un asunto de la biografía de un hombre.

Sin embargo, si apartamos la mira de Freud, encontramos la emergencia de una nueva historia. La creación del psicoanálisis puede dividirse en tres fases íntimamente entrelazadas y sucesivas. Primero, Sigmund Freud creó una teoría de la mente científicamente defendible y un modelo de terapia psíquica a partir de su involucramiento con tres comunidades intelectuales preexistentes del siglo XIX.⁴ Freud se sumergió en estos

campos de estudio diversos, tomando un poco de cada uno de ellos, mientras renombraba y reconceptualizaba elementos críticos en el camino. Propuso soluciones creativas a antiguos problemas que escindieron aquellas viejas disciplinas y luego, en 1905, elaboró una síntesis aglutinante que consolidó su trabajo previo en un nuevo campo freudiano. Durante las siguientes décadas, hombres y mujeres migraron desde aquellas otras disciplinas hacia Freud. Es así como puede decirse que Sigmund Freud no creó tanto una revolución de la forma en que hombres y mujeres entendían sus vidas internas. Más bien, tomó el mando de revoluciones que ya estaban en progreso.

La segunda fase comenzó durante los primeros años del siglo xx, cuando un grupo creciente de freudianos formaron y empezaron a difundir sus ideas por Europa y Estados Unidos. Después de solamente una década, esta comunidad se fracturó y desintegró en medio de acusaciones de haberse vuelto autoritaria y poco científica. Los cismas que resultaron en la salida de Eugen Bleuler, Carl Jung y Alfred Adler, entre otros, expusieron la naturaleza tan endeble de los contenidos del conocimiento que supuestamente debían mantener unidos a los freudianos.

La tercera y última fase de esta historia surgió en las pos-trimerías de estas escisiones. Después de la Primera Guerra Mundial, se constituyó una nueva comunidad que no era tan freudiana sino más psicoanalítica en general. Durante las décadas de los veinte y treinta, esta comunidad pluralista marcó diferentes fronteras y compromisos en un esfuerzo por estabilizar su disciplina y manejar mejor la siempre conflictiva pregunta de cómo conocer los rincones más oscuros del mundo interno del otro. Las respuestas que postularon ayudarían a darle forma al psicoanálisis durante la siguiente mitad del siglo.

Al comenzar el siglo xxi, existen razones de peso para regresar a los grandes debates que definieron el psicoanálisis. El campo está ahora en crisis. Se dice que su futuro está en duda. Algunos creen que el psicoanálisis es una pseudociencia desahuciada. Otros desean salvarlo apuntalando sus pretensiones

científicas. Otros más todavía creen que la salvación llegará sólo cuando los psicoanalistas reconozcan que su labor no es científica sino similar al trabajo de las humanidades. Y aun a pesar de esta confusión, a pesar de todos sus extravagantes defectos, el psicoanálisis sigue siendo la explicación general de la vida interior más detallada que poseemos. Si se lee entre líneas en biografías, novelas, retratos periodísticos y guiones, se pueden encontrar explicaciones del carácter humano que están inextricablemente endeudadas con esta historia. Si se habla con los millones de personas que están en algún tipo de terapia derivada del psicoanálisis, se escucharán ecos de este pasado. Cuando hablamos sobre quiénes somos, con conocimiento o no, frecuentemente utilizamos el lenguaje del psicoanálisis.

Revolución en mente es una revisión histórica de las preguntas centrales que están en el corazón de esta influyente teoría de la vida interior humana. Muchas de estas interrogantes aún no tienen respuesta, ya que ésta es una historia incompleta de una compleja y quizás imposible tarea. Es la historia de un grupo de médicos, filósofos, científicos y escritores que trataron de comprender la cosa más efímera y, sin embargo, enloquecedoramente obvia: la mente. Es también la historia de un mundo político que por un tiempo corto y fértil proveyó a hombres y mujeres de la libertad de examinar las preguntas potencialmente explosivas de lo que nos hace humanos. Y es la historia de cómo en el proceso algunos fracasaron, algunos cayeron en la desesperación, mientras que otros trataron de refinar sus métodos, al intentar una y otra vez trazar un mapa de aquel lugar que todos escondemos en nuestras cabezas.

PRIMERA PARTE
CONSTRUIR LA TEORÍA FREUDIANA

UNO UNA MENTE PARA LA CIENCIA

*Es falso decir: Yo pienso. Debe decirse:
Se me piensa... Yo es otro.*

ARTHUR RIMBAUD, 1871.¹

I

Conforme la Ilustración proyectaba el racionalismo científico hacia los cuerpos celestiales para descender hasta la inextricable vida microscópica, hubo un objeto que parecía imposible penetrar: la mente. El representante de la ciencia y el escepticismo racional en Francia, René Descartes, determinó esto en su *Discurso del método* cuando declaró que el «yo» estaba más allá de la investigación racional, al no ser otra cosa que el alma inmaterial descrita por los padres de la Iglesia.² Las creencias religiosas relacionadas con la vida interior demostraron ser duraderas e influyentes, pero durante la segunda mitad del siglo XIX dichas nociones comenzaron a perder popularidad, y en esa tierra abandonada echó raíz una ciencia de la vida mental.

Cuando Sigmund Freud llegó a París en 1885, Francia se había posicionado como el centro de investigación de vanguardia en materia psicológica. Pocos científicos en Berlín o Viena se preocupaban por investigar la psique, el «yo», el alma, el *self* o la mente —reinos contaminados por la religión o la metafísica especulativa—. Sin embargo, en París, los científicos estaban dedicados al estudio del mundo interno, gracias a un nuevo método. Este método, la *psychologie nouvelle*, transformó Francia en un semillero de estudios sobre el sonambulismo, los automatismos humanos, la personalidad múltiple, la doble

consciencia y los segundos yo, así como las posesiones demoníacas, estados de fuga, curas de fe y fantasías diurnas. Lo maravilloso y milagroso se abrió camino desde lejanas aldeas y abadías hasta salones de fiesta, desde los exorcistas, charlatanes y viejos hipnotizadores hasta los grandes recintos franceses de la ciencia académica.

El nacimiento de esta nueva psicología ocurrió mientras la misma Francia renacía. Casi un siglo después de su revolución, los franceses sufrieron una humillante derrota ante los prusianos en 1870, que tuvo como resultado la caída del emperador Luis Napoleón III y el nacimiento de la Tercera República. Muchos atribuyeron esta debacle militar a la ciencia francesa y a su fracaso para estar al nivel de los avances hechos en tierras germanas. El republicanismo francés combinó el anticlericalismo con un compromiso para revitalizar la ciencia. Conforme disminuía la autoridad de la Iglesia católica francesa para dictar el pensamiento acerca del alma, emergía una nueva y atrevida psicología científica.

En ese tiempo, la psicología era considerada una rama de la filosofía, no una ciencia, pero el defensor de la *psychologie nouvelle*, Théodule Ribot, se propuso cambiar esto.³ Nacido en 1839, hijo de un farmacéutico de provincia, Théodule fue obligado por su padre a convertirse en funcionario. Después de tres años de penoso trabajo, anunció que se iba a París para tratar de entrar en la selecta *École Normale Supérieure*. Dos años después, Ribot consiguió entrar a dicha universidad, donde rápidamente le tomó antipatía a la filosofía espiritualista encabezada por Victor Cousin. La psicología de Cousin era una extraña fusión de razón y fe. Mezclaba nociones del alma y de Dios junto con descripciones naturalistas de la mente.

Ribot no lo soportaba. A pesar de ser denunciado por el clero local, salió en busca de un método que pudiera someter por completo la psicología a la investigación científica. Tras sumergirse en los escritos de pensadores británicos, Ribot apareció en 1870 con su estudio *Psicología inglesa contemporánea (La escuela experimental)*.⁴ A pesar del árido título, el libro

comenzaba con un enérgico manifiesto que definiría la psicología en Francia en las décadas venideras.

Las nociones convencionales de filosofía y ciencia hacían imposible el estudio objetivo de la mente, explicó Ribot. Atacó filosofías como las de Descartes y Cousin, insistiendo en que la psicología debía librarse de la metafísica y la religión. Los psicólogos no podían comentar sobre cuestiones trascendentales, tampoco hablar honestamente sobre el alma. Y no podían apoyarse en los métodos de cajón de la filosofía, necesitaban emplear los métodos de las ciencias naturales.⁵

Con estos argumentos, Ribot logró un público entusiasta. Muchos de sus contemporáneos estaban listos para abandonar las viejas filosofías del alma por el estudio naturalista. Pero ¿cómo darle a la psicología la categoría de ciencia? Para responder a esta pregunta, Ribot retomó a otro conjunto de críticos, encabezados por Auguste Comte, el profeta de la ciencia.⁶ A pesar de llevar una vida marginal y errática, Auguste Comte tuvo una extraordinaria influencia sobre los intelectuales, políticos y científicos europeos del siglo XIX. En 1885, el francés trazó una historia de todo el conocimiento humano, declarando que el grado más primitivo era el teológico, el del mito y la ficción, los cuales progresaron a una segunda etapa de abstracción metafísica. Al final, las nociones filosóficas serían superadas por el más perfecto estado de conocimiento, el cual sería científico y «positivo». De ahí que el programa de Comte fuera denominado positivismo.⁷ Con el surgimiento de la Tercera República, en 1870, la visión de progreso de Comte fue acogida por la élite política francesa como modelo para la reforma científica y social.

El pensamiento de Comte representó un gran dilema para Ribot, ya que el fundador del positivismo creía que en el corazón del conocimiento psicológico yacía un problema sin solución. Los psicólogos se apoyaban en la autoobservación para llegar a cosas como el pensamiento, el sentimiento y el deseo. Tal observación interior —el conocimiento proveniente de una mente mirándose a sí misma— era exactamente lo que constituía la

subjetividad. Por lo tanto, Comte resolvió que la psicología nunca podría ser objetiva, y su rápida investigación de esfuerzos previos parece sostener esta conclusión condenatoria:

Después de dos mil años de búsqueda psicológica, no existe afirmación alguna que se haya demostrado satisfactoriamente para sus seguidores. Están divididos, hasta el día de hoy, en una multitud de escuelas, disputándose aún los elementos más básicos de su doctrina. Esta observación interior da origen a casi tantas teorías como observadores.⁸

En la segunda mitad del siglo XIX, todo aquel que buscara establecer principios para una psicología científica —incluyendo a John Stuart Mill en Inglaterra, Franz Brentano en Austria y William James en Estados Unidos— habría de enfrentarse a la devastadora acusación de Auguste Comte.

Comte señaló a los positivistas el único camino defendible que veía para la psicología: el campo debía restringirse a signos observables como la fisonomía o la conducta. Para vergüenza de sus admiradores, Comte predijo así que el futuro de la psicología se encontraba en la frenología. Inicialmente concebida para asociar las facultades mentales con las diversas partes del cerebro, la frenología había degenerado en curandería y en el estudio de golpes y bultos craneales, con base en la creencia de que estas protuberancias reflejaban capacidades y deficiencias mentales. Para cuando Ribot empuñó la pluma, la observación de Comte resultaba ridícula.

Además, Ribot se negaba a disociar la psicología del pensamiento, la emoción y todas las demás experiencias internas. En lugar de esto, propuso un tipo diferente de ciencia de la mente, en la que podían hacerse afirmaciones legítimas sobre aquel oscuro y cambiante campo. La psicología necesitaba mezclar cuidadosamente la introspección y la observación externa. La introspección era crítica para entender un fenómeno mental, pero aquellas impresiones subjetivas necesitaban ser estabilizadas y corroboradas por una multiplicidad de métodos,

que incluían «la percepción de signos y gestos, la interpretación de signos, la inducción de efectos a causas, inferencia, razonamiento por analogía».⁹ Las discusiones entre métodos subjetivos y objetivos eran estériles: la psicología científica de Ribot requería de ambos.¹⁰

Éste era el método híbrido de Ribot, pero aún necesitaba circunscribir su objeto de estudio. Si la conducta manifiesta o los bultos craneales no eran adecuados, entonces, ¿qué definiría a la psique en su psicología? En lugar de tomar un sólo enfoque, Ribot propuso tres perspectivas relacionadas. La experiencia interna podía ser estudiada por un análisis elemental de la manera en que se vinculan, sintetizan y emergen en la conciencia percepciones, ideas y sentimientos. Una «psicología asociacionista» como la que había sido fundada en Inglaterra durante el siglo xvii por John Locke y David Hume, filósofos que también crearon el empirismo científico. Ambos cuerpos de pensamiento estaban relacionados. El empirismo buscaba explicar cómo los seres humanos conocieron el mundo a su alrededor al poner el énfasis en la observación y las conexiones causales y sintéticas que podían ser forjadas por la experiencia humana (incluso experiencias humanas fabricadas o experimentos). Los intentos de explicar cómo los seres humanos conocieron el mundo externo llevaron, de manera inevitable, a estos filósofos a modelar nuestra máquina de pensar, la mente, y de esta manera a inaugurar la psicología asociacionista.

David Hartley, James Mill, John Stuart Mill y Alexander Bain desarrollaron con posterioridad el asociacionismo, doctrina que abolió facultades que se asumían innatas como la razón, la imaginación o la moralidad; más bien, buscaba demostrar cómo estas complejas funciones podían emerger simplemente por la combinación de elementos psíquicos básicos como ideas y percepciones sensoriales. Pensaban que la mente era como un telar en el que se entretejían visiones, sonidos, ideas y sentimientos en un todo unificado. Desde luego que este proceso era muy propenso a equívocos; las asociaciones equivocadas explicaban los errores humanos, ilusiones y delirios. John

Locke pensaba que estos vínculos falsos eran tan comunes como la irracionalidad, tan comunes como la infancia, tan comunes como la locura cotidiana de «la mayoría de los hombres».¹¹

El asociacionismo tuvo grandes ventajas para una psicología científica, ya que no hablaba del alma ni insistía en facultades hipotéticas que a menudo parecían arbitrarias. En cambio, esta pequeña herramienta teórica permitió un análisis cercano de las fugaces corrientes de la experiencia interna. Además, esta teoría de la mente se adhirió bien a la (implícita) mente de la ciencia empírica. Para conocer el mundo interno de otro, es suficiente con explorar y crear asociaciones sobre las asociaciones de otra persona. Ribot predijo —justo como resultó— que el asociacionismo proveería un marco útil para la experimentación psicológica.

Sin embargo, esta doctrina británica también tenía limitaciones. Los asociacionistas defendían un solo precepto con respecto a la emoción: los humanos buscan el placer y evitan el dolor. Placer y dolor, argumentaban, pueden servir como los ladrillos para la construcción de las pasiones humanas complejas tales como el amor, el odio, la esperanza y la tristeza. A pesar de esta poderosa noción, como Ribot lo señaló, el asociacionismo generalmente se enfocaba en el juego interno de las ideas, más que en «los sentimientos, las emociones, los fenómenos afectivos en general».¹² En segundo lugar, la mayor parte de la psicología asociacionista asumía que la experiencia por sí sola llenaba a una mente que de otra manera se encontraría vacía. Para contrapesar este prejuicio, Ribot sugirió un segundo enfoque para la psicología: la herencia. En 1873, Ribot publicó *Herencia. Un estudio psicológico de sus fenómenos, leyes, causas y consecuencias*, donde argumentaba que la evolución y la herencia biológica explicaban una buena parte del funcionamiento biológico.¹³

Con esto, Ribot creó el robusto marco que organizó las investigaciones psicológicas francesas durante los siguientes treinta años. El contenido psicológico sería estudiado por principios asociativos, mientras que las aseveraciones sobre

las capacidades y funciones psíquicas se basarían en teorías de la herencia. Además, añadió un elemento final a su programa de investigación. Debido a que los experimentos de laboratorio eran difíciles de llevar a cabo en el cerebro y la mente, Ribot propuso que la enfermedad mental actuaría como el brazo experimental de la psicología: «Las perturbaciones mórbidas del organismo que producen los trastornos intelectuales; las anomalías, los monstruos de orden psicológico, son para nosotros como experimentos preparados por la naturaleza y sobre todo muy preciados puesto que la experimentación es bastante rara».¹⁴

Las soluciones de Théodule Ribot fueron adoptadas por muchos, y pronto se colocó en el centro de una creciente comunidad interdisciplinaria de investigadores psicológicos. Rebosante de nuevas ideas y rodeado por un conjunto de brillantes colegas, exclamó: «¡Qué orgía cerebral!».¹⁵ Nombrado editor de la *Revue philosophique de la France et de l'étranger* en 1876, Ribot decidió expandir la *psychologie nouvelle* a lo largo de una red de alienistas, doctores, filósofos y científicos en Europa y Estados Unidos. Entre 1881 y 1885 publicó *Enfermedades de la memoria: un ensayo de psicología positiva*, *Las enfermedades de la voluntad* y *Las enfermedades de la personalidad*. Todos fueron muy populares; tan sólo en Francia se publicaron entre veinte y treinta y seis ediciones.¹⁶ En 1888, Ribot fue recompensado con un nombramiento en psicología experimental dentro del prestigioso Collège de France. Catorce años después, al retirarse, Pierre Janet, su sucesor, lo elogió como el hombre responsable de haber definido la psicología francesa y de haberla provisto de tan alta, original y rica orientación.¹⁷

Janet no exageraba. Entre 1870 y 1900, Ribot forjó una psicología científica que hizo famosa a Francia. Pero su fama fue eclipsada por un médico que durante años pareció no guardar ningún respeto por la psicología. En 1884, Ribot inocentemente comentó que había encontrado una manera fácil de obtener nuevos artículos para la *Revue*: «A Charcot y a sus alumnos (Escuela de Salpêtrière) les encantaría incursionar

en la psicología fisiológica. Como los veo constantemente y me encuentro en excelentes términos con ellos, tengo un buen punto de apoyo ahí».¹⁸

El francés Jean-Martin Charcot era uno de los médicos más legendarios de Europa, pero antes de 1884 había mostrado poco interés en la línea de trabajo de Ribot. Médico, neurólogo y un estricto positivista, creía que la mente era sencillamente un epifenómeno del funcionamiento cerebral, nada más que la espuma arrastrada por el mar.¹⁹ Pero como el mismo Ribot descubrió, el famoso neurólogo se había visto obligado a reconsiderar esta creencia, y en el proceso comenzó a hacer extraordinarias afirmaciones sobre la vida psíquica que cautivarían a los círculos médicos del mundo occidental.

Nacido y educado en París, la carrera de Charcot despegó en 1862 cuando fue nombrado médico en la Salpêtrière, un extenso complejo que alojaba unas cinco mil mujeres, muchas de las cuales estaban locas, dementes, eran indigentes o consideradas incurables.²⁰ Como buen seguidor de Comte, Charcot y su equipo médico estudiaron la caótica masa de sufrimiento que encontraron. Mientras que muchos médicos esperaban que el estudio de laboratorio del tejido enfermo hiciera a la medicina más científica, Charcot adoptó métodos positivistas para la medicina clínica y se enfocó en la observación cercana de pacientes como una nueva manera de clasificar enfermedades. Para 1870, Charcot y sus colaboradores lograron ofrecer descripciones que se convirtieron en clásicas de la esclerosis lateral amiotrófica y la esclerosis múltiple e hicieron importantes contribuciones al estudio del reumatismo, la gota, la artritis y la ataxia motora.

Entonces Charcot entró en el dudoso terreno de las *névroses*, o *neuroses*, como las llamaban los ingleses. Hasta entonces definidas por lo que no eran, las *névroses* eran trastornos nerviosos que no mostraban lesiones cerebrales o espinales. Una maraña de complejos sintomáticos y trastornos difíciles de definir, que incluía uno de los más antiguos y misteriosos de todos:

la histeria. Según su asistente, Pierre Marie, Charcot comenzó a investigar esta enigmática enfermedad por la más azarosa de las razones. Los administrativos del hospital necesitaban reparar un pabellón decrepito, así que transfirieron un pabellón de epilépticos a otro repleto de mujeres mentalmente enfermas. De manera repentina, las mujeres histéricas comenzaron a tener ataques. Los médicos se enfrentaban ahora al dilema de tratar de distinguir los ataques histéricos de los reales. Debido a esto, Charcot y sus colaboradores se vieron forzados a confrontar una pregunta aún más desconcertante: ¿qué era la histeria?²¹

Diagnosticada por primera vez hace dos mil quinientos años, durante mucho tiempo se pensó que la histeria era una enfermedad femenina. Como lo denotaba la etimología de la palabra, este mal fue considerado inicialmente como una migración del útero; durante la primera mitad del siglo XIX, la histeria seguía vinculada a la sexualidad femenina. Esto comenzó a cambiar cuando, en 1859, el médico parisino Paul Briquet publicó un estudio sobresaliente. Al examinar más de cuatrocientos casos, descubrió que la histeria, que se presentaba predominantemente en mujeres, no era exclusiva de este género; por cada veinte casos en mujeres, Briquet encontró uno en hombres. El doctor también detectó baja incidencia de la enfermedad entre monjas y alta en prostitutas, refutando la vieja idea de que esta enfermedad tenía su causa en la frustración sexual. La histeria, concluyó, era una neurosis del cerebro que perturba la expresión emocional. Briquet observó además cómo una mala herencia genética se combinaba con emociones violentas para poner en marcha la enfermedad. Mientras que muchos ginecólogos insistían aún en que la histeria se debía a *une chose génitale*, Briquet propició que los neurólogos y psiquiatras vieran el trastorno bajo esta nueva óptica.²²

Charcot retomó los trabajos de Briquet y otros para enfrentar a este Proteo de las enfermedades. Como un cambiante caleidoscopio de desconcertantes síntomas que frustraron los intentos de clasificación durante mucho tiempo, la histeria parecía no tener un patrón objetivo. Muchos pensaban que no

era una enfermedad real sino un subterfugio y simulación femeninos. Jean-Martin Charcot encontró orden donde otros no lo hallaron. Las histéricas sufrían de ataques que tenían etapas patofisiológicas diferenciadas, concluyó después de mucho estudiar. En su estado más puro, la «*grande hystérie*» estaba marcada por el «*grande attaque*», en el que la doliente recorría una elaborada secuencia de cuatro fases. Los síntomas eran fácilmente observables; la causa era una mala herencia genética. Nada necesitaba ser dicho acerca de los pensamientos o sentimientos de la histérica, de su psicología, de su mundo subjetivo. La histeria podía ser entendida simplemente mediante signos externos objetivamente observables.²³

Se corrió la voz sobre el logro de Charcot. Asombrados espectadores acudían al auditorio del Salpêtrière, donde las histéricas se retorcían, temblaban y permanecían inmóviles durante sus elaborados ataques. Charcot y su grupo empezaron a fotografiar a las histéricas durante las distintas fases de su enfermedad, con la esperanza de que esto constituyera una prueba científica, su propia versión de la muestra microscópica del patólogo.²⁴

El estudio de Charcot trascendió los círculos médicos. Cercano a los positivistas y reformistas en el gobierno, compartía la creencia de que el progreso vendría cuando la religión diera paso a la ciencia. Durante los primeros años de la Tercera República, cuando las fuerzas clericales todavía tenían presencia en los círculos políticos, los espías que asistían a las clases de Charcot informaron sobre sus frecuentes bromas anticlericales.²⁵ Sin embargo, no se necesitaba de ningún espía para reconocer el impacto político de los estudios que hacían patológicas las visiones extáticas y sagradas. Sólo era necesario leer al colega de Charcot, Désiré-Magloire Bourneville, quien predijo que pronto lo milagroso y lo demoníaco serían expuestos simplemente como síntomas histéricos.²⁶

Es posible que su vocación anticlerical y desmitificadora alentara también a Charcot a realizar su siguiente y fatídico giro. En 1878, el neurólogo retomó el estudio de la hipnosis. Un siglo antes, un doctor vienés llamado Franz Anton Mesmer



Una histérica en estado de «sonambulismo provocado».
Hospital Salpêtrière, París, ca. 1879.

había llegado a París, huyendo de su ciudad natal por acusaciones de charlatanería e indecencia sexual. Mesmer se convirtió en la sensación de París debido a sus dramáticas curas atribuidas a la fuerza invisible del magnetismo animal, pero la Academia de las Ciencias francesa convocó un panel para juzgar los méritos de sus aseveraciones y lo condenó como un seductor y un fraude, alejando así el estudio de los estados mentales alterados a las regiones remotas de Francia durante las siguientes décadas.²⁷

El distinguido fisiólogo francés Charles Richet reavivó el interés por los estados mesméricos durante la década de los setenta del siglo XIX. Al utilizar el término del doctor británico James Braid, Richet atribuyó la «hipnosis» a una disfunción

fisiológica. En 1878, Charcot trajo consigo su reputación al estudio de estos estados extraños, y cinco años después apareció ante la misma Academia de las Ciencias que había condenado a Mesmer para demostrar cómo su propio estudio de la hipnosis sería diferente. La hipnosis era una disrupción fisiológica y neuropatológica, no un espeluznante poder mesmérico.²⁸ Dos de los aliados de Charcot, Alfred Binet y Charles Féré, explicaron que, a diferencia de los anteriores experimentadores, ellos no se preocuparían por «fenómenos psíquicos complejos», ya que éstos carecían de las características materiales que los harían incuestionables. Y así, un revivido estudio de la hipnosis se volvió científicamente legítimo gracias a este estricto énfasis en los síntomas corporales.²⁹ Al hablar ante la Academia, Charcot detalló las dramáticas contracturas y ataques del «*grand hypnotysme*», que demostraban que la hipnosis no era ni milagrosa ni mera charlatanería, era simplemente el triste resultado de un estado nervioso anormal.³⁰

Con impresionante velocidad, Charcot había resuelto dos misterios médicos monumentales: la histeria y la hipnosis. Al mismo tiempo, se mantuvo rigurosamente alejado de las fuerzas interpersonales mágicas o influencias psicológicas oscuras que de algún modo hicieran alusión a fuerzas inmateriales, invisibles. Estos estados mentales eran el resultado de una disrupción neurológica. La causalidad era una calle de una sola dirección que iba desde el cuerpo hasta la mente. O eso pensaba Charcot.

La transformación de Jean-Martin Charcot comenzó de manera bastante sencilla. Él y sus colaboradores descubrieron que si sugerían a una histérica hipnotizada que su brazo estaba paralizado, seguiría una parálisis. Increíblemente, en este extraño estado, la idea de una parálisis parecía crear una parálisis. Para explicar cómo era esto posible, se necesitaba un modelo que explicara cómo una idea podría afectar al cuerpo. Es decir, Charcot necesitaba una psicología. Y con esto, el renombrado positivista y sus seguidores incursionaron en el jardín prohibido de Auguste Comte.

TÍTULOS RECIENTES EN LA COLECCIÓN

Geometrías del deseo

René Girard

La sabiduría de las putas

Elizabeth Pisani

Conversaciones con Sartre

John Gerassi

El XIX en el XXI

Christopher Domínguez Michael

La moda negra. Duelo, melancolía y depresión

Darian Leader

La melodía del joven divino

Carlo Michelstaedter

Prometeo

Karl Kerényi

Python

Joseph Fontenrose

Misterios de los Cabiros

Karl Kerényi

Papeles falsos

Valeria Luiselli

Un terrible amor por la guerra

James Hillman

George Makari consiguió adentrarse como nadie lo había hecho antes en el alma de la teoría de la psique humana más influyente de los últimos tiempos: el psicoanálisis. El protagonista es el padre fundador, Sigmund Freud, quien recorre un camino digno de personaje trágico. Su trayecto abarca desde los tiempos como joven estudiante del fenómeno de la histeria en el París de finales del XIX hasta encumbrarse como máxima figura de la teoría del actuar humano más controvertida de la historia.

Por *Revolución en mente* desfilan Josef Breuer, Eugen Bleuler, Carl G. Jung, Lou-Andreas Salomé, Georg Groddeck, Ernest Jones Sabina Spielrein, Melanie Klein, Anna Freud y muchas más personalidades, que desempeñan por turnos papeles cruciales para la evolución y diversificación de los senderos del psicoanálisis. Makari revela que esta disciplina, lejos de ser una ciencia unificada y demostrable —como Freud procuró durante toda su vida—, es una filosofía ecléctica y brillante, que cambiaría de manera definitiva la narrativa sobre las pulsiones que dominan al hombre.

«George Makari ha escrito nada menos que una historia de la mente moderna. Apoyado en una investigación impresionante y una capacidad de síntesis sin parangón, conduce al lector por un viaje europeo que comienza a finales del XIX y culmina con el cataclismo de la Segunda Guerra Mundial; pero *Revolución en mente* también es una tragedia. Es la conmovedora historia de lo que perdimos cuando el viejo mundo se incendió.»

PAUL AUSTER

«*Revolución en mente* es la historia del psicoanálisis más informada que se haya escrito. Makari elabora el contexto de Freud de manera más exhaustiva que cualquier esfuerzo previo. Admiro particularmente la salud y el balance de esta obra, pues demuestra que el valor de Freud va más allá de su pretensión científica.»

HAROLD BLOOM



George MAKARI | Revolución en mente

Revolución en mente

La creación del psicoanálisis

George Makari

GEORGE MAKARI (1956) es historiador, psiquiatra y psicoanalista. Estudió en la Universidad de Brown y en el Weill Medical College de la Universidad de Cornell, donde posteriormente ha sido profesor asociado, director del Institute for the History of Psychiatry y de la biblioteca Oskar Diethelm. También ha impartido clases de psiquiatría en la Universidad Rockefeller y es uno de los invitados centrales de numerosos congresos y seminarios de psiquiatría y psicoanálisis. Es especialmente conocido por sus estudios acerca de la teoría de la transferencia, la teoría de la seducción y la historia de las comunidades psicoanalíticas. Sus trabajos han sido ampliamente reseñados y valorados, en especial, *Revolución en mente*, considerada su obra más importante hasta el momento.